

en esa personalidad en donde se destacan principalmente el humanista y el scholar.

Vayan nuestros fervorosos parabienes a los nuevos doctores que no por haber terminado una etapa de su carrera dejan de ser rosaristas, y nuestros votos a la Virgen Santísima porque no los desampare en los numerosos éxitos que les auguramos.

---

### Precioso recuerdo

Era un día esplendoroso de septiembre. Los rayos del sol penetraban a través de los cristales de mi alcoba, poniendo en las flores de los jarrones que la adornaban un tinte de vida y de belleza. La alegría se pintaba en mi semblante, reflejándose al mismo tiempo en los rostros de mis padres, quienes solícitos me ataviaban para la ceremonia que debía celebrarse dentro de breves instantes. Mirábanme mis hermanos con respeto y asombro y en sus fisonomías se exteriorizaba su emoción. También los sirvientes de la casa se unían a ese júbilo que embriagaba mi espíritu, mientras yo, presa de un gozo indescriptible, salía vestido de fiesta, circundado uno de mis brazos por una cinta blanca: era llegado el día de mi primera comunión, y mi alma sentía ardorosos deseos de unirse con el Dios de mis amores.

Mis padres me acompañaron al Colegio de las Hermanas de la Caridad; y una vez allí, entré en compañía de otros niños a la capilla donde nos estaba esperando el Deseado de mi corazón. Hallábase adornada con tanta gracia y primor, que más parecía obra de ángeles que de manos terrenales. Los lirios y las azucenas formaban allí un jardín, y era tal la profusión de luces y

flores, que me parecía ser víctima del más alucinador de los sueños, en tanto que el órgano dejaba escapar sus más armoniosos acentos, mientras un concierto de voces infantiles cantaba al Dios tres veces santo.

Las Hermanas de la Caridad, esos ángeles con cuerpos de virgen, semejaban una bandada de palomas que llegase del cielo a consolar al divino prisionero.

Dióse comienzo al santo sacrificio de la misa y principiaron también los ruegos de mi alma al munífico Señor que presto se dignaría visitar mi pobre corazón. Y llegado por último ese instante feliz, ese momento inolvidable cuya evocación nos arranca sollozos y lágrimas de ternura, el obispo, lleno de unción y piedad, mostró a los concurrentes la hostia de resplandeciente blancura, diciéndoos: «Hé aquí el Cordero de Dios que borra los pecados del mundo». Sonó tres veces la campanilla con un tañido tan misterioso que parecía convidar al recogimiento de aquella hora solemne en que el Dios vivo bajaba del trono de su grandeza para morar entre las almas.

No bien había yo terminado las palabras del Centurión, cuando sentí en mis labios al dueño de mi vida.... Con paso lento abandoné la sagrada mesa; mi cuerpo todo

«Se ahogaba de placer, sintiendo estrecho  
Aquel hueco espacioso que tenía,  
Latiendo el corazón, dentro del pecho».

Entonces sentí lo que jamás he sentido: la voz de Cristo repercutía en mi sér; sus consejos alentaban mi alma; mis débiles fuerzas se robustecían como bajo la influencia de un poder mágico, y la dicha rebosaba en mi ánimo mezclada con una paz celestial.

Ese instante, único y verdaderamente feliz en mi vida, pasó como un relámpago que surcase los cielos,

como un sueño delicioso desvanecido al beso de otro día: y al pasar hoy por la capilla donde por vez primera recibí el Pan de los ángeles, entro en ella y dejo que el llanto recuerde el día más hermoso de mi existencia. Soy el pródigo que aún no ha perdido la fe, el hijo que recuerda la casa de su padre y llora sus miserias, el pecador que, oprimido bajo el peso de sus crímenes, llora ante el santuario en que vive perpetuamente encarcelado el Amor de los Amores.

Salgo de allí con el alma transida de dolor, y, a medida que me voy alejando, pienso que, cuando ensangrentadas las plantas por el duro peregrinar, llegue para mí el final de la jornada, habré de encontrarme en los brazos cariñosos del Dios de mi primera comunión.

PEDRO IGNACIO ROSILLO

Alumno externo

